

LA MADRINA.

COMEDIA EN UN ACTO

IMITADA DEL FRANCÉS DE SCRIBE.

PERSONAS.

Carolina de Neris, viuda joven.—Eduardo, ahijado de Carolina.—Champenú, íd de íd.—D. Yordy, administrador de íd.—Cecilia.

El teatro representa la sala de una casa de campo, con una puerta en el fondo y dos laterales. A los lados de aquella, ventanas con persianas, una de las cuales estará entreabierta. A la izquierda del actor una mesa con todo lo necesario para escribir, y una salvilla con un vaso de agua. A la derecha una mesita redonda, sobre la cual habrá dos raquetas y dos volantes.



ACTO UNICO

ESCENA I

(Yordy cerca de la mesa habla con Cecilia, que está cociendo, y Champenú de pie en el foro, con una talega de dinero debajo del brazo.)

YORDY.

¿Dices, Cecilia que Eduardo corría esta mañana tras de tí en el jardín?

CECILIA.

Sí, hermano.

YORDY.

¿Qué te abrazó?

CECILIA.

Creo que sí.

001953

YORDY.

¿Dos veces?

CECILIA.

No sé.... no las conté.... Sólo trataba de defendirme, y....

YORDY.

¡Ah picaruelo! Apenas tiene diez y nueve años, y atreverse ya á abrazar á la hermana de un procurador.... y de un procurador de Senlis... Si lo hubiera hecho estando en París, no sería raro; se ven allí tales cosas... Pero hoy mismo tendremos cuidado de avisárselo á su madrina.

CECILIA.

Si hablas de eso á la señora de Neris, no te volveré á decir cosa alguna.... no quiero que por causa mía regañen á Ednardo; pues si me abrazó fué sin mala intención. Ya se ve, es tan aturdido que nunca sabe lo que hace.

YORDY.

¿Lo crees así?

CHAMPENU.

Vamos, señor, que hace ya un gran rato (Acercándose.) que estoy aquí aguardando.

YORDY.

¿Y qué importa? No es esa tu obligación? Ya voy.

CHAMPENU.

Hace dos horas que me dice usted lo mismo. Si yo viniera á pedir dinero, en hora buena, pero como es al contrario, que lo traigo....

YORDY.

Ya lo sé.... tu última renta... Voy á poner el recibo.... (Se pone á escribir.) ¿No son tres mil francos?

CHAMPENU.

Sí, señor. ¿Y por qué no recibe la señora el dinero como antes?; con ella se despachaba más pronto.

YORDY.

Porque soy su apoderado... Toma el recibo. ¿Y los tres mil francos?

CHAMPENU.

Aquí están. (Pone el talego sobre la mesa.)

YORDY.

Bueno; yete.

CHAMPENU.

No; es menester que yo hable á la señora.

YORDY.

No está visible..... ¿Pero qué tenéis que decirle?

CHAMPENU.

Ese es asunto mío, que sólo á mí me interesa.

Y usted, señor Administrador, que tan orgulloso se muestra ahora conmigo, mudaría bien pronto de tono, si supiera quién soy.

YORDY.

¿Pues quién eres tú...? Champenú, un arrendatario de la señora.

CHAMPENU.

Lo que quiero decir no tiene relación con mi profesión, sino con mi nacimiento.

YORDY.

¿Tu nacimiento...! ¿Eres acaso más que un triste hijo de un antiguo guardabosque?

CHAMPENU.

Puede ser; pero hay otro título que usted se alegraría de tener... y que me relaciona con la señora: título que podría yo decir, y que no diré sólo por enseñar á usted...

YORDY.

Entonces déjame en paz y vete á paséar.

CHAMPENU.

Ya se ve que podría pasearme si quisiera: pero prefieroirme ahora á almorzar, porque tengo derecho para almorzar aquí, si señor... sepa usted que soy de casa, y que deben recibirme, y acogerme en ella con miramiento. Mi título me da derecho para tener orgullo, y aun pa-

ra tomar con usted cierto tono insolente... el que usted toma conmigo, verbigracia.

YORDY.

¿Qué quieres decir con eso?

CHAMPENU.

Ya sé que es contra los intereses de usted; ¡pero cómo ha de ser! la caridad bien ordenada... Y luego que no me lo cogeré todo... Por supuesto... Que todo el mundo viva... y usted también. Agur. (Vase.)

ESCENA II

YORDY Y CECILIA.

YORDY.

¡Habrase visto semejante impertinencia! Hasta estos rústicos palurdos se atreven hoy á racionar.

CECILIA.

Es verdad, si ya no hay rústicos. (Levantándose.)

YORDY.

No los hay, por lo menos en las inmediaciones de las grandes ciudades; y hoy hay por desgracia demasiados en Francia: así, mientras no se

supriman algunas... Pero volvamos á nuestra conversación. Ya estás, hermana, en edad de casarte.

CECILIA.

Si, hermano.

YORDY.

Pronto necesitarás un esposo, ó lo que es lo mismo, un dote; porque, ahora, tanto en las provincias como en París, no se separa lo uno de lo otro.

CECILIA.

¡Quién sabe...! Ahí está el señor Leonardo, tu primer escribiente, que quizá se contentaría con poco.

YORDY.

¡Cómo! ¿Leonardo dices?

CECILIA.

Hablo en general.

YORDY.

Espero, en efecto, que con él nada hay de particular, porque me interesa tu bienestar futuro. La prueba es que te daría de buena gana un dote, porque soy buen hermano, y porque el ser procurador no implica mal corazón; pero desgraciadamente necesito mi dinero para una especulación que medito... Un casamiento.

CECILIA.

¡Qué! ¿Te casarías tú por ventura?

YORDY.

Si; quisiera casarme con algún millón.... Todavía hay algunos por casar. Esto me proporcionaría además los medios de establecerte. Mira, mira este magnífico palacio situado á doce leguas de la capital; mira este parque hermoso, estos bellos juegos de agua, esta habitación digna de un príncipe; ¿no te parece que todo esto convendría muy bien á un procurador que se retira de los negocios?

CECILIA.

¡Cómo! ¿Tendrás proyectos acerca de madama de Neris? Una viuda de diez y nueve años, viva ligera, caprichosa...! y sobre todo, muy rica.

YORDY.

Por eso precisamente. Hija de un gran fabricante y viuda de uno de nuestros principales capitalistas; madama de Neris reúne una fortuna tan considerable, que ella misma no sabe á lo que monta. Sólo la administración de sus bienes requiere un trabajo inmenso. Sin embargo, ella no piensa sino en divertirse, y nada hay que la fastidie tanto como que le hablen de negocios. Por lo mismo no le hablo yo de otra cosa en todo el día.

CECILIA.

Lindo modo de enamorarla.

YORDY.

¿No ves, tonta, que eso la incomoda, y que

tendrá al cabo que casarse conmigo para hacerme callar, y para que su marido la desembarace de su administrador? Ella tal vez podría desconfiar de un seductor que tratase de agradarle; pero yo al contrario, tengo la prudente precaución de quererla conquistar á fuerza de fastidiarla.

CECILIA.

¿De conquistarla á fuerza de fastidiarla?

YORDY.

De ese modo me prometo que no tendré rivales.

CECILIA.

¡Qué sé yo!; ¡hay ahora tanta concurrencia en el género fastidioso....!

YORDY.

De ahí que haya yo tenido buen cuidado de sacarla de París, aconsejándole que se viniera aquí, donde le hago la corte solo y con más facilidad.

CECILIA.

Lo cierto es que ayer en todo el día no hizo más que bostezar.

YORDY.

Excelente síntoma, esa es la base (Alegre.) principal de mi sistema. Lo único que me incomoda es el joven Eduardo su ahijado, que

acaba de llegar sin que nadie le haya convidado.

DICHO
CECILIA.

¿Qué mal hay en eso? Un ahijado puede venir á casa de su madrina sin necesidad de convite.

YORDY.

Si, pero cuando el ahijado y la madrina son casi de una edad, cuando apenas tienen los diez y nueve años....

CECILIA.

¡Qué, recelas....!, ¿del hijo de un soldado, de un pobre huérfano, que los antiguos señores de la casa recogieron é hicieron educar á sus expensas?

DICHO
YORDY.

Ciertamente que no; pero es un atolondrado, un atrevido, que apenas ha salido del colegio, y ya se burla de mí.... No sé cómo se educa hoy la juventud.

DICHO
CECILIA.

Aquí viene madama de Neris y trae un libro en la mano.... y bosteza lo mismo que ayer, á lo que reparo.

DICHO
YORDY.

Tal vez piensa en mí: el momento es favorable. Déjanos. (Vase Cecilia.)

ESCENA III

DICHO Y CAROLINA.

CAROLINA.

¡Qué paseo tan insípido! ¡Este parque es tan grande y tan triste! ¡Todo lo que se lee en él parece tan fastidioso...! y sin embargo, lo que leo es una novela nueva que hace mucho ruido.

YORDY.

¿Me permitirá usted, señora que le presente mis respetos?

CAROLINA.

¿Usted aquí Yordy? ¡Ah! Venga usted, venga en mi auxilio... No me abandone usted, porque ya ni sé qué hacerme, ni cómo matar el tiempo.

YORDY.

Me pareció que anoche, nuestra conversación, y las cuentas de los arrendamientos importunaban á usted de tal modo que...

CAROLINA.

No le hace; cualquier cosa es mejor que aburrirse una sin saber por qué... A lo menos, cuando está usted delante, hay siquiera un motivo... un motivo suficiente.

YORDY.

Muchísimas gracias.... (Recorriendo los papeles.) Aquí hay varias cuentas que quería presentar á usted para su aprobación.

CAROLINA.

¿Son muy largas?

YORDY.

Nos ocuparán dos ó tres horas cuando más.

CAROLINA.

¡Ay!

YORDY.

Cortijo de Hotorive.—Simón su arrendatario no pagaba sino seis mil francos, y le he aumentado á la renta una cuarta parte.

CAROLINA.

¿Le ha aumentado usted la cuarta parte? ¿Y por qué? Simón tiene una hija muy bonita, que me trajo leche esta mañana, y sería lástima pagárselo en esta moneda.

YORDY.

Sí, Margarita, la que está reñida con su novio Julián.

CAROLINA.

¡Margarita está reñida con su novio! Pues yo me encargo de reconciliarlos. Eso me ocupará á lo menos una mañana, y á usted se lo deberé.

Es más divertido hablar de asuntos serios que lo que yo me figuraba.... Y después tendremos boda en la aldea, gran comida, baile.... Repito que todo esto es muy divertido.... Y yo conozco alguno que cuando lo sepa se pondrá muy contento.

YORDY.

¿Quién?

CAROLINA.

Eduardo, mi ahijado, á quien gusta tanto el baile.... Voy á escribirle que se venga.

YORDY.

No es necesario, que ya está aquí.... acaba de llegar.

CAROLINA.

¡Sin mi permiso!

YORDY.

Está desde esta mañana en el parque con la escopeta en la mano, haciendo una carnicería en liebres y faisanes.

CAROLINA.

¡Oh! ¡Qué maldad! Que venga inmediatamente.

YORDY.

Está ya muy lejos.... Se fué al galope por entre los aciratos de tulipanes y camelias.

CAROLINA.

¡De mis camelias! ¡Será posible! Todo se lo hubiera perdonado; pero que haya hollado mis pobres camelias, unas flores tan hermosas que reservaba yo para hacer con ellas una guarnición.... porque no sabe usted, Yordy, lo linda que es una guarnición de flores naturales, y en particular de camelias, de rosas del Japón.... nada hay más precioso. Son el emblema virginal de la más pura inocencia.

YORDY.

Y como ella, muchas veces no duran más que lo que dura el baile.

CAROLINA.

El caso es que cuando se ha logrado el objeto, se consuela uno después pensando en lo pasado; pero cuando las flores se marchitan antes de empezar el baile, entonces es doble chasco.

YORDY.

Usted, tiene, señora, demasiada indulgencia con ese joven, y si yo no temiera enfadarla le diría que esta mañana le sorprendí yo mismo corriendo tras de mi hermana y abrazándola.

CAROLINA.

¿De veras? Pues esas no son rosas del Japón. (Sonriéndose.) ¿Usted estaba allí, y no le dijo nada? Lo siento.... Y no se debe permitir, á fe mía, que un joven que sale del colegio y que no debía pensar más que en sus libros.... Pe-

ro pierda usted cuidado.... Le voy á reñir severamente.... Así me distraeré un poco.

YORDY.

Si usted empieza por predicarle, y acaba siempre por jugar con él, ¿cómo quiere usted....

CAROLINA.

No se puede estar regañando toda la vida.

YORDY.

En hora buena; ¿pero todos esos favores que usted le dispensa, los merece acaso? Al cabo es preciso considerar que no es más que el hijo de un....

CAROLINA.

De un militar que murió de sus heridas.... Era la deuda de la patria, y mi padre quiso encargarse de pagarla. Apenas tenía yo cinco ó seis años, cuando mi padre mandó que yo fuese la madrina de un huérfano tan joven como yo, queriendo enseñarme, con una orden tan preciosa, que en todas las edades hay desgracias, y que en todas se deben socorrer.

YORDY.

Ciertamente fué muy bien hecho; pero olvidamos las cuentas.

CAROLINA.

¿Cómo! ¿qué no se han acabado?

YORDY.

Si aun no hemos principiado....

CAROLINA.

Al cabo me veré en la necesidad de tener que regalar á usted todos mis bienes para no oír hablar siquiera de ellos.

YORDY.

Si yo los aceptara, entonces, sería con la condición de participar de ellos con usted.

CAROLINA.

¿De veras....! ¡Qué gracia! (Riendo.) Y la idea es original por vida mía. Sabe usted, Yordy, que cuando usted quiere es muy amable?

YORDY.

¡Ah, señora!

CAROLINA.

Darse una misma en pago á su administrador....! Vaya, que por lo menos es cosa nueva: y no creo que se podría usted quejar de los emolumentos.

YORDY.

(Con viveza.) Ciertamente que no; y si usted, señora....

ESCENA IV

DICHOS Y CHAMPENU.

CHAMPENU.

Es preciso ser justo, he almorzado canónicamente.

YORDY.

¡Qué desgracia! ¿Aparecerse ahora este bruto cuando el momento era tan propicio? (A Champenú.) ¿Quién te ha permitido entrar aquí? ¿Qué te trae?

CHAMPENU.

Ya sabrán lo que me trae; pero no será usted.

CAROLINA.

¡Ah! es Champenú. Buenos días.

CHAMPENU.

Buenos días, madrina. (Más alto y con afectación.) Buenos días, madrina.

YORDY.

¡Su madrina! (Admirado.)

CHAMPENU.

Sí, señor administrador; y pues que ya se ha declarado mi incógnito.... (Pasa delante de Yordy y va cerca de Carolina,) tomaré ahora el lu-

gar que me corresponde; ¿no hago bien madrina? (A Yordy,) porque esta señora es mi madrina, para lo que usted quiera mandar.

YORDY.

¡Cómo, señora!, este es otro ahijado! ¿Pues cuántos tiene usted?

CAROLINA.

Muchos; pero creo que pocos tengo tan espigaditos.... ¡Pobre Champenú! (Dándole un golpecito en la cara.) qué lástima que tenga una cara tan abobada!

CHAMPENU.

¡Qué amable es usted, madrina! (A Yordy) y no como usted, que siempre tiene un gesto de cirujano dentista.

CAROLINA.

¿Espero que comerás aquí?

CHAMPENU.

Oh, sí, madrina; ya he empezado, y acabo de almorzar sin cumplimientos, y sin andarme en remilques.

CAROLINA.

¿Cómo es eso?

CHAMPENU.

Porque he comido de todo lo que había.... en lo que hice bien, ¿no es verdad, madrina?

CAROLINA.

Ciertamente.

CHAMPENU.

¿Lo oye usted? Conozco mis derechos y prerrogativas. Siempre he oído decir que un padrino y una madrina eran como el padre y la madre del niño, á quien servían de tales. Entonces yo soy, como quien dice el niño de la casa y....

CAROLINA.

Exactamente.... ¿Y cómo van los negocios?

CHAMPENU.

¡Ah!, madrina, hay muchas novedades, muchas variaciones, que van á asombrar á usted, y sobre eso quería yo hablar precisamente.... (Mirando á Yordy) y en particular.

YORDY.

Eso es decir que me vaya.

CHAMPENU.

Yo no fuerzo á nadie; pero al buen entendedor.... Conque vaya usted con Dios. (Quitándose el sombrero.)

YORDY.

Ya comprendo, y cedo el lugar al niño de la casa. (A Carolina.) Voy á dar una vuelta por nuestros cortijos, y volveré para la hora de comer. (Coge el talego y vase.)

ESCENA V

DICHOS, MENOS YORDY.

CHAMPENU.

¡Y se lleva el talego....!, y va á dar una vuelta por sus cortijos....! ¿Madrina, lo ha oído usted? Va á dar una vuelta por sus cortijos! ¡Qué!, ¿tiene algo que ver con ellos? ¿Lectará algo? Si fuera ahijado de usted, como yo, ó como Eduardo, á quien acabo de encontrar, entre paréntesis....

CHAMPENU.

¿Lo acabas de ver?

CHAMPENU.

Sí, señora, y vestido como un príncipe; por más señas, madrina, que eso no le hace á usted mucho honor.

CAROLINA.

¿Por qué?

CHAMPENU.

Porque yo que soy ahijado de usted como Eduardo, voy de chaqueta y zapatos: porque él come con usted en la mesa; y yo lo hago después en la ante cocina: porque si bien es verdad que yo cómo tanto ó más que él, también lo es que siempre cómo una hora más tarde; porque

todas estas preferencias, madrina, como son en mi daño, me temo que la van á desacreditar á usted tarde ó temprano con las gentes que piensan bien.

CAROLINA.

No lo temas, lo que sí veo con disgusto es que resientes tu poquito de envidia de lo que yo hago por Eduardo.... y que....

CHAMPENU.

¡Yo! ¡Madrina! ¡Envidia yo! Jesús, no lo crea usted, ni por pienso.... Ya sé yo también que Eduardo es hijo de casa, que es casi mi hermano, y por lo mismo no le quiero mal. Todo lo contrario. Verdad es que yo no quiero mal á nadie, sobre todo si no tienen sobre que caerse muertos.

CAROLINA.

¿De veras?

CHAMPENU.

Es que soy muy amigo de la justicia, y no me agrada ver que otro está mejor vestido que yo ó que es más rico.

CAROLINA.

Sin embargo, tú tienes lo que necesitas. Tu padre te dejó á su muerte una buena hacienda, y....

CHAMPENU.

Señora.... pero eso no tiene gracia, porque como mi padre era mi padre, y yo era su hijo único, no pudo dejársela á ningún hermano mío.

CAROLINA.

Es verdad. (Sonriéndose.)

CHAMPENU.

También, si vamos á eso, soy heredero de mi primo Tomás, uno de los labradores más acomodados de estos contornos.

CAROLINA.

¡Ah! sí; del honrado Tomás, aquel antiguo soldado, que fué padrino de Eduardo y mi compadre. ¿Cómo está el buen Tomás?

CHAMPENU.

Para servir á usted madrina.... Hace ya un año que murió.

CAROLINA.

¡Dios mío! ¡Un año ya! Cómo se pasa el tiempo....! Ya se ve, he estado tantos años en París que... ¡Pobre Tomás! Parecía todavía joven.

CHAMPENU.

No se puede decir que era viejo; pero había empleado bien su tiempo.... había servido en el ejército con el padre de Eduardo y.... cabalmente tiene relación con su muerte mi visita de

hoy. Madrina, quería consultar con Ud. sobre un asunto, y es, que hace algunos meses registrando sus papeles, encontré uno que me dicen es su testamento, y en el cual deja todos sus bienes, que ascienden á tres mil seiscientos cincuenta francos de renta en buenas tierras, á su ahijado Eduardo.

CAROLINA.

¡Y no me lo habías dicho...! ¡Conque Eduardo, que por orgullo no quería ya recibir nada de mí, tendrá en adelante con qué vivir decentemente independiente! ¡Cuánto me alegro! ¡Están buen muchacho! ¡Pero ahora que me acuerdo, sabes que á tí, que eras el heredero natural, te debe haber apesadumbrado este suceso?

CHAMPENU.

En verdad que no: no tengo tan mal corazón: además, un padrino ó una madrina pueden dejar cuanto quieran á un ahijado. En este particular deben tener carta blanca, y aún abusar de ella. Lo que sí siento es que mi primo en su testamento pusiera cierta condición....

CAROLINA.

¿Cuál?

CHAMPENU.

Temiendo sin duda que su ahijado gastara alegremente lo que á él le había costado tanto adquirir.... Porque el tal ahijado es un bribonzuelo, eso es otra cosa, que no trata mas que de cortejar madamas....

CAROLINA.

¡Y bien!, ¿qué condición?

CHAMPENU.

Y bien, para impedir, como iba diciendo, sus despilfarros y calaveradas, no le dejó su herencia sino con la condición expresa de que se ha de casar antes de cumplir los diecinueve años.

CAROLINA.

Eso no puede ser.

CHAMPENU.

(Dándole unos papeles.) Véalo usted. Y como por desgracia, Eduardo tiene ya diecinueve años cumplidos, resulta que se quedó sin la herencia, y que ésta me corresponde á mí.

CAROLINA.

¿Así lo crees tú?

CHAMPENU.

Lo mismo que creo el Credo. Cumplió los 19 años en el mes de enero último, porque nació, según él mismo dice y todo el lugar sabe, el primer día del año, época bien notable, y como es tamos en septiembre....

CAROLINA.

Pues si no es más que eso, consuélate. Eduardo no tiene todavía la edad que piensas.

CHAMPENU.

¡Cómo que no! ¿Conque no nació el día de año nuevo?

CAROLINA.

Sí, pero cuando nació, regía en Francia el Calendario Republicano, y el año empezaba entonces el 22 de septiembre, y se llamaba este día el primero del mes Vendimiér.

CHAMPENU.

¡Esta es otra!

CAROLINA.

Y como según tu cálculo, estamos á principios de septiembre, le falta aún cerca de medio mes para poder casarse. (Le vuelve los papeles).

CHAMPENU.

Pues señor, no vuelvo á creer en nada, y menos en el Calendario. Vean ustedes, qué animal será este Vendimier, que no se halla en mi Almanaque....! Si yo lo hubiera sabido no hubiera venido hoy.

CAROLINA.

(Pensativa.) Quince días no más para casarle....! No hay tiempo que perder. Pero, ¿en dónde se encontraría una novia tan pronto.....?; sobre todo, aquí

CHAMPENU.

Mucha habilidad se necesita para encontrarla aquí de repente.

CAROLINA.

¿Por qué?

CHAMPENU.

Porque en estas aldeas, tan luego como una muchacha hace su primera comunión, lo primero que procura es habilitarse de amante ó de marido, cuando no afianza á un tiempo dos cosas; y así....

CAROLINA.

¡Calla!, ahora se me ocurre.... Esta Cecilia... La hermana de mi Administrador, que es muy amable, muy bien educada....

CHAMPENU.

Sí; ¿pero querrá Eduardo? ¿Será feliz con ella?; porque esto es lo esencial, madrina, y cuidado no vaya usted á equivocarse.... porque....

CAROLINA.

Dicen que esta mañana corría tras de ella, y que la abrazó.... lo que prueba, siendo cierto, que....

CHAMPENU.

Que corría tras ella, y que la abrazó; no prueba otra cosa.

CAROLINA.

Puede también indicar que la ama... Espera un momento. (Se sienta y escribe.)

CHAMPENU.

¡Qué desgracia! Encontrar ya una novia como llovida del cielo!; aunque no es ella lo que más me incomoda, sino ese maldito Vendimiér. Han hecho bien en borrarlo del Almanaque; pero debían haberlo hecho antes.... ¿Y qué no se podría con una buena profecía.... ¿Dígame usted madrina, usted que visita señoronas y que conoce á los Ministros....

CAROLINA.

(Escribiendo.) Déjame.

CHAMPENU.

¡Qué siniestro es el destino para los pobres! Estoy cierto de que si tuviera yo mucho dinero, conseguiría que Vendimiér cayera en enero como marzo en Cuaresma.

CAROLINA.

Toma, busca á Yordy y entrégale esta carta para que venga al instante á traerme él mismo la respuesta. Aprisa, corre, ¿no lo oyes?

CHAMPENU.

(Sin moverse.) Sí, madrina.... ya corro... ¿Pero está usted bien segura de que Eduardo....?

CAROLINA.

(Con enfado.) Vete pronto. (Váse Champenú.)

ESCENA VI

CAROLINA, Y A POCO EDUARDO
CON AVIOS DE CAZA.

CAROLINA.

¡Pobre muchacho! ¿Qué no querría casarse? (Se oye un tiro de escopeta.) ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

EDUARDO.

(Dentro.) ¡Trae, trae, majadero! ¡Jesús! Mi madrina! (Sale: pone la escopeta junto á la ventana.)

CAROLINA.

Sí, señor; yo soy, y estoy muy disgustada con usted, muy enfadada. ¡Asustarme de ese modo!

EDUARDO.

Perdone usted, madrina.... creía que todavía estaba usted durmiendo.

CAROLINA.

¿Y por eso dispara usted su escopeta casi en mi mismo aposento?

EDUARDO.

No hay duda que hice mal; pero es tan difícil contenerse á la vista de una codorniz, que...